

<https://doi.org/10.55422/bbmp.24>

EL GÉNERO DE LAS GENEALOGÍAS EN EL *QUIJOTE* DE AVELLANEDA

En 1614 aparece el *Quijote* de Avellaneda, rodeado de misterios. El libro parece ser que no tuvo mucho éxito en su tiempo. Luego, su comparación con el *Quijote* de Cervantes –con juicios rotundamente negativos de figuras de prestigio, como Menéndez Pelayo– hizo que el libro pasase a una especie de limbo, hasta que la crítica, sobre todo a partir del tercer centenario de la aparición del *Quijote* cervantino, sintió la necesidad de volver sobre este texto. Esta aparente recuperación del falso *Quijote* fue, sin embargo, engañosa, ya que lo que verdaderamente importaba era el enigma de la autoría (una cuestión no

resulta, cuyo misterio ha cautivado a muchos entre los que he de confesar que me hallo).

Componente fundamental en la constitución del enigma de Avellaneda (y, en consecuencia, en su dilucidación) puede ser la ubicación social e ideológica del falsario que pretendió emular a Cervantes, corrigiendo los desvíos del autor del *Quijote*. En este contexto creo que hay que situar la lectura de la obra de Avellaneda. Como prueba, me propongo releer el siguiente pasaje:

–Valerosos leoneses, reliquias de aquella ilustre sangre de los godos, que, por entrar Muza por España, perdida por la alevosía del conde Julián, en venganza de Rodrigo y de su incontinencia y en desagravio de su hija Florinda, llamada la Cava, os fue forzoso haberos de retirar a la inculta Vizcaya, Asturias y Galicia, para que se conservase en las inaccesibles quiebras de sus montes y bosques la nobilísima y generosa sangre que había de ser, como ha sido, azote de los moros africanos, pues alentados del invencible y gloriosísimo Pelayo y del esclarecido Sandoval, su suegro, amparo y fidelísima defensa, a cuyo celo debe España la sucesión de los católicos reyes de que goza, pues dél nació el valor con que los filos de vuestras cortadoras espadas tornaron cumplidamente a recobrar todo lo perdido y a conquistar nuevos reinos y mundos, con envidia del mismo sol, que sólo hasta que vosotros les asaltastes sabía dellos y los conocía, ya veis, ínclitos Guzmanes, Quiñones, Lorenzanas y los demás que me oís, cómo mi tío el rey don Alonso

el Casto, siendo yo hijo de su hermana y tan nombrado cuanto temido por Bernardo, me tiene a mi padre, el de Saldaña, preso, sin querérmele dar; demás de lo cual, tiene prometido al emperador Carlomagno darle los reinos de Castilla y León después de sus días, agravio por el cual no tengo de pasar de ninguna manera; pues, no teniendo él otro heredero sino a mí, a quien toca por ley y derecho, como a sobrino suyo legítimo y más propincuo a la casa real, no tengo de permitir que extranjeros entren en posesión de cosa tan mía. Por tanto, señores, partamos luego para Roncesvalles y llevaremos en nuestra compañía al rey Marsilio de Aragón, con Bravonel de Zaragoza; que, ayudándonos Galalón con sus astucias y con el favor que nos promete, fácilmente mataremos a Roldán y a todos los Doce Pares; y, quedando en aquellos valles malferido Durandarte, se saldrá de la batalla; y por el rastro de la sangre que dejará, irá caminando Montesinos por una áspera montaña, aconteciéndole mil varios sucesos, hasta que, topando con él, le saque por sus manos, a instancia suya, el corazón, y se le lleve a Belerma, la cual en vida fue gavilán de sus cuidados. Advertid, pues, famosos leoneses y asturianos, que para el acierto de la guerra os prevengo en que no tengáis disensiones sobre el partir de las tierras y señalar de mojones¹.

Se trata de un fragmento del falso *Quijote* que pretende reflejar una alucinación de don Quijote, quien,

¹ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 528-531.

en una de las muchas crisis de identidad por las que pasa el personaje creado por la pluma de Avellaneda, se cree (o finge creerse) Bernardo el Carpio. Pero esta alucinación, fuera de la ficción novelesca, no es tal, sino que reproduce un romance que, en forma de pasquín, circuló por las calles de Zaragoza, con motivo de las revueltas políticas de 1591.

El pasquín, en esencia, aprovechaba un romance del ciclo de Bernardo el Carpio, pero añadía algunos datos alusivos a los acontecimientos de Zaragoza: por ejemplo se localizaba en el Castillo de Luna la prisión de Sancho, el conde de Saldaña. El punto de partida es un romance viejo en el que Bernardo el Carpio se quejaba ante su tío Alfonso II el Casto por la prisión (“Teneyes a mi padre preso, / Sólo a vuestros ojos malo / Aunque a los de todos bueno”) con que este último había castigado a su padre, don Sancho, por sus amores clandestinos con Jimena (hermana del rey), fruto de los cuales nació el propio Bernardo. En el romance –y el texto de Avellaneda lo repite– se alude a la decisión del rey asturleonés, contraria a la de algunos nobles del reino, de hacerse vasallo de Carlomagno (“Acordaos, señor, de cuando / A Carlos disteis el reino”)².

² No deja de ser curioso que también *La pícaro Justina* se acuerde de Alonso el Casto, contra quien se han rebelado unas mujeres...

Tal es el núcleo principal del alucinado discurso de don Quijote, pero en el texto de Avellaneda la leyenda se complica con nuevos elementos. Y, así, recoge también la presencia de otro personaje fabuloso, procedente ahora del romancero nuevo: Bravonel de Zaragoza, que también dio lugar a un ciclo propio (y que además aparece complicado en las derivaciones de algún romance relacionado con los sucesos zaragozanos de 1591³) de romances moriscos⁴, en los que se cantaba la alianza contra el francés del moro aragonés, súbdito de rey Marsilio, y de Bernardo el Carpio. Lope de Vega, en la comedia *El casamiento en la muerte* dará forma a estos mismos elementos (decisión de Alfonso II de entregar el reino asturleonés a Carlomagno, al carecer de descendencia; relación de Bravonel con Bernardo el Carpio), vinculándolos a otros contenidos de los romances de tema carolingio.

Lo que resulta nuevo en el parlamento de don

³ Véase Jesús Gascón Pérez, *La rebelión de las palabras. Sátiras y oposición política en Aragón (1590-1626)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, p. 194-197. Con Bravonel de Zaragoza se quiso construir la contrafigura aragonesa del legendario Bernardo el Carpio, y parece ser que Lope se apropió en algún momento de este nombre.

⁴ Con textos conocidos de Liñán de Riaza, Lope de Vega y de Gabriel Lobo Lasso de la Vega (y, en versión burlesca, de Góngora): “Sale el otro cazador, / o Rodamonte de liebres / o Bravonel de perdices, / vestido de necio y verde / y, si se siente cansado / su ventor, al lugar vuelve / con lo que compró al ventero”. Bravonel es heterónimo morisco de Lope en su romancero.

Quijote –y no estaba en el zurcido de retazos de donde la anécdota principal procede– es la apelación a Guzmanes, Quiñones y Lorenzanas. A la casa de los Guzmanes pertenecen el conde de Olivares y los marqueses de Pomar y de Ayamonte. Los apellidos Quiñones y Lorenzana, también leoneses, aparecen juntos en un texto de *La pícaro Justina*: “En esto, todos tienen una pega: parécenles a los leoneses que alabar otro pueblo y no a León es delito contra la corona real. Oí decir a uno, que le venía el ser leonés desde que le quiso bautizar un don Fulano Quiñones Lorenzana, su amo, honrado caballero”⁵. Y todas estas alusiones remiten a un presente que se convierte en clara llamada política: “Advertid, pues, famosos leoneses y asturianos, que para el acierto de la guerra os prevengo en que no tengáis disensiones sobre el partir de las tierras y señalar de mojonos”, donde me parece percibir una apelación a una unidad de fuerzas contra el francés, que, en el marco temporal en que se forjó el falso *Quijote*, sólo puede leerse en relación con las dobles bodas de los Borbones y los Haugsburgo⁶.

⁵ Número primero del Capítulo I, de la Segunda parte del Libro segundo.

⁶ Para entender este pasaje alucinado de don Quijote es necesario tener en cuenta acontecimientos de 1612 y los años siguientes, relacionados con las dobles bodas reales de los Habsburgo españoles y los Borbones franceses. Las paces de Verins (1598) habían fijado momentáneamente las fronteras entre Francia y España y habían

acabado con la intervención de los soldados españoles dentro de las fronteras francesas. Pero los de Verins son acuerdos inestables y dan lugar a muchos conflictos en los primeros años de siglo XVII, que necesariamente se reavivan y emergen en las conversaciones para las bodas reales de los Habsburgo y los Borbones. Los viajes de embajadas diplomáticas a las respectivas cortes se suceden (por parte francesa, de Enrique de Lorena y Guisa, duque de Maine, llamado en España duque de Umena, hijo del jefe de la liga católica y gran chambelán de Francia; por parte española, Diego de Silva y Mendoza, duque de Pastrana y conde de Salinas, hijo de la princesa de Éboli), con el fin de no fracasar –como había ocurrido en 1608– en las conversaciones previas. Todos estos movimientos se acompañan, en el seno de la oposición, con ruidosas manifestaciones contra los matrimonios. En los historiadores españoles se documentan diversas críticas al gasto desplegado por la corte. Preocupa también que la infanta española renuncie a sus derechos sobre la corona española. Los panfletos franceses ven las bodas reales de 1615 como un peligro que volverá a sumir a Francia en una guerra civil, repitiendo la noche de San Bartolomé. La princesa Ana de Austria se percibe como una asesina que puede envenenar al rey (con motivo de la muerte de Enrique IV se acusó a la monarquía española de haber propiciado su envenenamiento), provocando un nuevo asesinato real con la ayuda de los jesuitas partidarios del tiranicidio (en las tesis del P. Mariana en *De rege*, por ejemplo, quemado públicamente en Francia en 1610). Detrás de estas bodas (necesarias para la monarquía española, cuyas arcas, que están completamente vacías, no pueden soportar nuevas guerras) subyacen enfrentamientos nobiliarios, el duque de Osuna y un Sandoval, el duque de Lerma, empeñado en desmontar todo el sistema de política exterior de Felipe II y deseoso de controlar el virreinato de Nápoles entre otros. No obstante, y a pesar de los opositores en uno y en otro reino, las celebraciones públicas de los esponsales se fijan en 1612. En España no se produjeron grandes festejos (celebraciones religiosas y luminarias), pero sí en la corte de Nápoles, lo que es destacado por todos los cronistas franceses. En Nápoles, Juan de Tassis, conde de Villamediana, dirige un torneo

Novedoso resulta también en la palabra de don Quijote, a pesar de que todos los materiales proceden de diferentes ciclos del romancero previamente reelaborados por Lope, la vinculación de lo legendario a dos apellidos del momento: el apellido de los *Sandoval* (vinculándolo a don Pelayo y a la restauración del estado anterior a “la alevosía del conde Julián”), que son “amparo y fidelísima defensa, a cuyo celo debe España la sucesión de los católicos reyes de que goza, pues dél nació el valor con

poético bajo el patrocinio del conde de Lemos, que Cervantes reflejará en su *Viaje del Parnaso*. Para el intercambio de las princesas se fijan Burgos y Burdeos como lugares en los que deberán permanecer los monarcas. Muchos sintieron estas bodas como una traición a lo español y una claudicación. Volviendo ahora sobre el texto de Avellaneda, resulta vano cualquier intento de identificar los nombres que en él aparecen, pero Bravonel de Zaragoza podría nombrar a Antonio Pérez; Galalón podría ser el jefe de la liga católica, contrario a Enrique IV, o Michel de Marillac, activo miembro de la Liga y enemigo encarnizado de Richelieu, además de partidario de abandonar la alianza otomana en provecho de una cruzada contra los turcos. Antonio Pérez había muerto en 1611, en tratos con el duque de Lerma para volver a España, pero las gentes de Antonio Pérez y los sebastianistas de Castro están en París en las fechas de las bodas reales. La embajada española en París cuenta con agentes dobles, como el doctor Carlos García. Conocido es el reverdecimiento de la historia de Roldán y Roncesvalles en los libelos en el cambio de siglo. El retorno a una sociedad rural y marcial es general en los textos de estos libelos españoles y en la mayoría de los franceses, dentro de esquemas que buscan en lo medieval una justificación del presente. El asunto de la entrega de España a Francia por parte de Alonso el Casto es el tema de *El casamiento en la muerte*, de Lope de Vega.

que los filos de vuestras cortadoras espadas tornaron cumplidamente a recobrar todo lo perdido y a conquistar nuevos reinos y mundos, con envidia del mismo sol, que sólo hasta que vosotros les asaltastes sabía dellos y los conocía”; y el apellido *Saldaña* (vinculado a Bernardo el Carpio).

Con todo, el verdadero interés por la obra de Avellaneda (que esconde muchos más secretos que el de la autoría y que no carece de mérito literario) no se produce hasta bien entrado el siglo XX (con las aportaciones sustanciales de Riquer) y, sobre todo, con las lecturas (en clave ideológica) de Iffland y (en clave teológica) de Gómez Canseco. Para el asunto que hoy me ocupa, me interesa especialmente el trabajo de Iffland y su retrato de Avellaneda como persona cercana al poder, en sintonía con los valores y códigos de las élites sociales, defensor de una forma de religiosidad acusadamente contrarreformista, que reacciona contra un libro -el de Cervantes- ante el que se siente incómodo:

Avellaneda percibe en el Quijote de 1605 una obra que emite resonancias desestabilizadoras. Estas tienen que ver con cuestiones de movilidad tanto social como física... Percibe elementos que podrían interpretarse como amenazantes para la nobleza... Siente el pulso de la cultura festiva popular que late con tanta fuerza en la obra [cervantina], específicamente, el del carnaval con toda su tendencia hacia la inversión

simbólica de la jerarquía social y sus valores más sagrados... Tampoco está muy conforme Avellaneda con el tipo de risa que incita la obra de 1605⁷.

Comenzaré por señalar que estoy en total acuerdo con el retrato de Avellaneda que Iffland traza en su estudio, así como con la adscripción ideológica que propone para el falso *Quijote* y no pretendo sino avanzar algunos pasos más en esa misma dirección. Avellaneda no sólo es la manifestación de esa mentalidad tan finamente perfilada por Iffland. Es, además, un inquieto activista a favor de posiciones muy marcadas dentro de la mencionada mentalidad; quiero decir, que no se conforma con salir en defensa de unos valores genéricos con los que él pensaba que Cervantes no había sido todo lo respetuoso que debía, sino que su libro va mucho más allá, hasta el punto de que puede leerse cómo toma partido a favor de uno de los clanes que se dibujan en el mapa político del momento.

Desde luego, el libro de Avellaneda, de una manera mucho más explícita que el de Cervantes, apunta a cada paso a la realidad política del momento. En efecto, desde las primeras líneas, el relato –en clara imitación paródica de lo que había hecho Cervantes– queda en manos de un

⁷ James Iffland, *De fiestas y aguafiestas: risa, locura e ideología en Cervantes y Avellaneda*, Vervuert, Iberoamericana, 1999, pp. 34-36.

tal Alisolán, “sabio..., historiador no menos moderno que verdadero”, que afirma haber hallado “escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha”, después que “los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía”, fuesen expulsados⁸. De modo que, toda la escritura de este nuevo Quijote, desde el inicio mismo del relato, apunta a la realidad histórica, y sobre todo política (como veremos), del presente de la escritura, con una referencia a Aragón que bien puede estar cargada de intencionalidad (aunque ahora no puedo entrar en este tema)⁹. Antes ya, en los preliminares del libro de Avellaneda, aparecía un único soneto atribuido a un desconocido Pero Fernández. Todo parece indicar que se trata de una identidad inventada, como inventadas eran las identidades de la mayor parte de los que firmaban los versos iniciales del Quijote cervantino. Pero, casualmente, Pedro Fernández es también –abreviado en nombre de pila y primer apellido– la gracia de nada menos que el conde de Lemos (protector, como se sabe, del autor del verdadero *Quijote*) y esta coincidencia para los hombres

⁸ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. cit. pp. 207-208. La orden de expulsión para los moros agarenos se dicta el 19 de mayo de 1610.

⁹ Esta intencionalidad, en el caso de existir, vincularía la escritura de este nuevo *Quijote* a los acontecimientos del reino de Aragón en los años de la escritura de este libro.

de letras de aquel momento no podía pasar desapercibida al aparecer en el pórtico de un libro escrito a la contra de Cervantes. Alguna otra coincidencia más podría señalarse al respecto que por ahora prefiero ignorar¹⁰.

Por la manera de enfocar la realidad, el falso *Quijote* es una novela en clave (desde la manipulación del nombre del lugar de don Quijote, Argamesilla, en vez de Argamasilla) y es el secreto de esta clave lo que pretendo señalar con el dedo, bien que brevemente y, por desgracia, sin todas las precisiones que cabría desear. Sí que creo estar en disposición de afirmar que, desde la ficción, el libro de Avellaneda habla de la realidad histórica y política del momento. En esa realidad histórica a la que, desde las primeras páginas apunta el libro de Avellaneda, las referencias a Miguel de Cervantes (no sólo a su libro) son continuas y casi siempre perversas, constituyendo un tema de gran interés que la crítica apenas ha entrevisto. En otro lugar me ocuparé de ello¹¹.

¹⁰ Pedro Fernández es también el nombre de Pedro Fernández de Navarrete, autor de una *Conservación de monarquías y discursos políticos*. Canónigo de la iglesia de Santiago, este hombre de iglesia es hermano de un tal Alonso Navarrete, dominico que conoció el martirio en Japón, y ambos podrían ser parientes de Baltasar Navarrete, autor de *La pícaro Justina*.

¹¹ “Un posible retrato de Miguel de Cervantes en el *Quijote* de Avellaneda y la respuesta cervantina: Los cuentos “de loco y de perro” en el prólogo del *Quijote* de 1615”, en *Homenaje a Víctor García de la Concha* (en prensa).

Tampoco centraré mi atención, ahora, en aquellos personajes de la realidad histórica o cultural que aparecen en el relato de Avellaneda con su nombre auténtico, citados para autorizar un pasaje (Santo Tomás, Antonio de Villegas, San Pablo, etc.). Me centraré, por lo tanto, en los personajes de la ficción, entre los cuales destaca la figura de don Alvaro de Tarfe. Este personaje, que aparece en el capítulo primero de la novela, acompañará a don Quijote hasta la casa del Nuncio de Toledo donde, al final de la historia, quedará recluido. La importancia del mismo, al recorrer la totalidad de la novela de Avellaneda, es fundamental y Cervantes, que lo percibe, lo incorpora al *Quijote* de 1615 y hace que sea él, precisamente, quien desenmascare al falsario. Avellaneda nos lo presenta así:

A lo cual respondió el caballero que se llamaba don Álvaro Tarfe, y que descendía del antiguo linaje de los moros Tarfes de Granada, deudos cercanos de sus reyes y valerosos por sus personas, como se lee en las historias de los reyes de aquel reino, de los Abencerrajes, Zegríes, Gomeles y Mazas¹², que fueron cristianos después que el católico rey Fernando ganó la insigne ciudad de Granada.

¹² Lope convirtió a un Tarfe en protagonista de su comedia *Los hechos de Garcilaso de la Vega y moro Tarfe*, Lope de Vega hace también un catálogo de héroes árabes, semejante a éste de Avellaneda, en *El hidalgo Bencerraje* y en *La hermosura de Angélica*, donde retoma la leyenda del moro Tarfe

Este personaje, cuya leyenda debe mucho a Ginés Pérez de Hita¹³ y al romancero de la toma de Granada, se presenta a lo largo de la novela de Avellaneda como una persona cercana a los centros del poder: don Carlos (en Zaragoza), un innominado “Título” (en Madrid) y el Archipámpano (personajes de los que hablaré, enseguida). Tarfe, a la obra de Avellaneda, llega ya convertido en figura del romancero nuevo, a la que también había sabido sacar partido Lope de Vega, que no daba puntada sin hilo. Pertenece a la nobleza granadina derrotada, como recuerda el texto, por los Reyes Católicos. Del tratamiento correcto que Avellaneda hace de la figura de don Alvaro Tarfe (“gente de buena condición” o “gente de buen gusto”), se ha querido deducir que la nobleza, en este momento, se siente identificada como clase, por encima de etnias y de fronteras nacionales: se trataría, según esta interpretación, de una primera muestra del cosmopolitismo de la clase nobiliaria española del momento. Intrigante es, sin duda, el papel de este personaje en la obra de Avellaneda. No estoy muy de acuerdo con la interpretación y el papel que la crítica le ha querido dar, teniendo en cuenta, sobre todo, las decisiones políticas que en relación a los moriscos se acababan de tomar por

¹³ Ginés Pérez de Hita, en *Las guerras civiles de Granada*, es uno de los responsables de la creación de este personaje legendario.

aquellas fechas Desde mi punto de vista, el papel que Avellaneda le otorga a don Álvaro Tarfe es el de ilustrar la talla del enemigo derrotado y asimilado, como forma de encarecer en su nobleza sometida el perfil de los vencedores. Tarfe, que --entre otros muchos textos más-- protagoniza un romance del *Romancero general* titulado “El espejo de la corte”, cumple, sobre todo, con la función de completar y dar realce militar al tapiz de una corte que, sin el recuerdo de pasadas glorias guerreras (vistas a la luz del espíritu de cruzada), resultaría injustificado. Pero aplacemos la cuestión.

Don Álvaro Tarfe (un morisco en definitiva) es quien hace de anfitrión de don Quijote en Zaragoza y quien, para el recreo y entretenimiento de su amigo, don Carlos, lo introduce en el círculo de lo que el autor del falso Quijote gusta llamar “gente principal”. La figura de don Carlos no aparece muy perfilada en el texto de Avellaneda. Sin embargo, unas pocas pinceladas son suficientes para que el lector se sitúe. Don Carlos es uno de los tres jueces (“un titular y dos caballeros de hábito”) de la sortija que se corre en Zaragoza y en la que participa don Quijote. Amigo de don Álvaro de Tarfe, invita a cenar a don Quijote y a Sancho con la única intención de alegrarse la noche a costa de las locuras del caballero y las sandeces del escudero. Para ello, su secretario, sirviéndose de “uno de los gigantes que sacan en Zaragoza el día del

Corpus en la procesión” organiza una pantomima en la que enredar a ambos. Don Carlos será, pasados los capítulos, el que le allane a don Quijote la entrada en casa de un “título” de la corte madrileña y, en última instancia, en el círculo –más selecto todavía– del Archipámpano de las Indias. De modo que, convertido en objeto de entretenimiento cortesano, don Quijote recorre todos los escalones del estrado en el que se sitúan los “hombres de buen gusto”, provocando una risa que siempre es unidireccional: de arriba a abajo. Don Quijote, reducido a esta única dimensión, será un títere movido por la invención de los grandes –especialmente por la invención del secretario de don Carlos- para darse placer y para confirmar, con la sanción de la risa, su posición social predominante:

Es de importancia –explica el secretario de don Carlos- que demos orden, si a vuesa merced le parece, que pieza tan singular y que es tan de rey, entre por nuestra industria en la Corte para regocijarla; y eso habemos de procurar todos¹⁴.

No olvidemos que “pieza de rey” es, en la lengua del momento, el bufón. Don Carlos y su secretario se hallan un escalón por encima de don Álvaro Tarfe, de la

¹⁴ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. cit. p. 394.

misma manera que el “titular de la Cámara”, con quien va a casar una hermana de don Carlos, se halla por encima de éste y muy cerca del vértice de la pirámide. La aparición de un nuevo personaje, también “titular de la Cámara”, que no se produce hasta bien avanzada la novela, no puede ser más espectacular:

Sucedió, pues, que yendo adelante don Quijote con este paseo y acompañamiento, sin que bastasen a ponerle en razón sus consortes, vio venir una rica carroza tirada de cuatro famosos caballos blancos¹⁵, a la cual acompañaban más de treinta caballeros a caballo y muchos lacayos y pajes a pie¹⁶.

¹⁵ Lo de “famosos caballos” no es un epíteto gratuito, sino que tienen una razón de ser. Sabemos que en este momento se dictan varias premáticas contra el abuso de los coches. Dentro de este contexto Pedro Fernández de Navarrete explica cómo “los apasionados de los coches prueban su nobleza y derivan su antigüedad desde la creación del mundo, diciendo que al cuarto día en que crió Dios el Sol, crió también el coche en que hace su veloz curso tirado de aquellos cuatro caballos blancos, cuyos nombres dicen san Isidoro y Tertuliano, que son Pyrois, Eous, Ethon y Phegon, y que significan los cuatro tiempos del año”. Cfr. *Conservación de monarquías y discursos políticos* (1626). Los cuatro caballos blancos forman parte de la arquitectura efímera en todos los arcos triunfales del momento, según documenta fray Prudencio de Sandoval en *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V.*

¹⁶ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. cit. pp. 623-624.

Ante tanto aparato y pompa, don Quijote, cayendo en una de sus habituales transformaciones caballerescas de la realidad, lo identifica con el “íncito y soberano príncipe Periano de Persia¹⁷” y el “titular” decide seguirle la broma.

Para este personaje, “titular de la Cámara”, contamos con el retrato moral que del mismo hace uno de los pajes de su casa: “es muy buen cristiano, caballero de lo bueno y conocido en España”¹⁸. Está encantado, como comentará con don Carlos, de tener en su casa a “tres interlocutores (don Quijote, Sancho y Bárbara)... de lindo humor para hacer redículos entremeses de repente”, lo que le asegura “buenos ratos de entretenimiento”¹⁹. Por eso decide llevárselos como invitados a su casa, donde el ingenio teatral del secretario de don Carlos se encargará de

¹⁷ Independientemente de la relación de este personaje con los libros de caballerías (*Belianís de Grecia*), de donde procede, la referencia a Persia es una referencia de honda resonancia en el momento en el que el falso *Quijote* se estaba escribiendo. Muy celebrada fue, como refiere Luis Cabrera de Córdoba, la visita del embajador de Persia a Madrid en la primavera de 1611, fechas en las que ya empieza a hablarse de alianzas matrimoniales con Francia. Y en las que se hacen apuestas por el ascenso del conde de Lemos a la presidencia de Italia y al Consejo de Estado. La embajada de los Persas a Madrid tiene por objeto el establecimiento de un pacto contra los turcos.

¹⁸ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. cit. p. 636.

¹⁹ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. cit. p. 646.

urdir el guión de la pantomima que asegure la risa de las “gentes de buen gusto” convocadas por el prestigio social del “titular”, de modo que “muchos y buenos días tuvieron no sólo aquellos señores, con don Quijote, Sancho y Bárbara, sino otros muchos a quien dieron parte de sus buenos humores y de los dislates de uno y simplicidades del otro”²⁰.

La amalgama que garantiza tan desigual convivencia es siempre la risa, que gracias, como digo al ingenio del secretario, establece las jerarquías y sanciona las divisiones sociales. Los de arriba son los que se ríen; los de abajo son el motivo de las bromas de las burlas. La risa, sancionadora del orden siempre, garantiza un espectáculo en el que en todo momento se cumple aquello del “Juntos, pero no revueltos”.

Finalmente, hace su entrada en escena el Archipámpano de las Indias. El titular y don Carlos deciden ir a “besar las manos a su Majestad y a algunos señores de calidad y del Consejo”, con la intención de “darles parte del estado del casamiento”²¹. Para tal misión no se hacen acompañar de don Quijote:

²⁰ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. cit. p. 681.

²¹ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. cit. p. 654.

Hicieron sus visitas el titular, don Carlos y don Álvaro, teniendo ventura en poder besar las manos despacio a Su Majestad y de poder tratar de sus negocios con él y con los demás señores a quienes tenían obligación de dar los primeros avisos del casamiento. Y, en la última visita que hicieron a un personaje de su calidad y muy familiar y amigo, casado con una dama de buen gusto, dieron cuenta de los huéspedes que tenían en casa y de los buenos ratos que pasaban con ellos, pues eran los mejores que señor podía pasar en el mundo. Encarecieron tanto los humores dellos, que el marido y mujer les rogaron con notables veras se los llevasen a su casa aquella tarde para pasarla buena. Ofrecieronlo de hacer con condición que se había de fingir él Gran Archipámpano de Sevilla y su mujer Archipampanesa²².

Aunque el fingido Archipámpano de las Indias (así se lo nombra luego) se nos presenta como un “personaje de la calidad” de don Carlos y del titular, la historia le otorga siempre un papel predominante sobre ellos, llegando a “representarse” a sí mismo bajo prerrogativas regias. Así saluda a don Quijote:

Infinito huelgo, invicto y gallardo manchego, de que hayáis querido hacer elección de mi corte y de los servicios que en ella os pienso hacer para bien suyo,

²² Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. cit. p. 655-656.

gloria vuestra y aumento de mis estados, y más de que haya sido vuestra venida a ellos en tiempo que tan oprimidos me los tiene ese bárbaro príncipe de Tajayunque que decís²³.

A este último personaje, el Archipámpano de las Indias, le corresponderá también el honor de tejer el desenlace de la historia de don Quijote, una vez que los personajes, peldaño a peldaño han recorrido toda la escala social de la “gente de buen gusto”. Él será quien adopte la decisión de recoger a Bárbara en las Arrepentidas y de confinar a don Quijote en la casa de los locos de Toledo, asegurándose para su particular regalo y diversión la compañía de Sancho como criado personal suyo. Antes de hacerlo, en la casa de campo del Archipámpano, el secretario de don Carlos escenifica una farsa encarnando, mediante el artificio de cartón piedra de un gigante de los que “el día del Sacramento se sacan en la procesión en la corte”, el papel de *Bramidán de Tajayunque*, con quien don Quijote tenía aplazado un desafío²⁴.

²³ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. cit. p. 659.

²⁴ Quizás no sea irrelevante, de cara a la identificación de los personajes a los que ahora me estoy refiriendo, el hecho de que uno de los emblemas en los que las relaciones de fiestas napolitanas reconocen a don Pedro Fernández de Castro, el conde de Lemos sea el de “gigante”. En efecto, G. C. Capaccio, autor de *Aparato fatto nella festività di S. Gio. Battista per gloria del santo et ossequio dell' Eccze don Pietro Ferdinando di Casto conte di Lemos*, se construyó en la

Avellaneda, fuere quien fuere, conoce muy bien los usos y la vida de la corte. Poner nombre a estos personajes (don Álvaro, don Carlos, el titular y el Archipámpano) podría ayudar, entre otras cosas, a resolver la cuestión de la autoría. Pero no estoy en disposición –y menos en este foro– de proponer identificaciones²⁵, sino de expresar una convicción: tanto la historia como la secuencia de personajes nobles que mueven los hilos del títere de don Quijote apuntan a la realidad de un momento histórico muy preciso. El autor, que ha tenido cuidado en velar identidades (lo cual me hace pensar que no está seguro de haber apostado por el caballo ganador), baja la guardia en

fiesta de san Juan un *gigante* que significaba “che l’Eccza. Del signor conte dí lemos quasi gigante nelle forza del regimento sostiene il piú gran peso che uó dar la Magestá del Ré” (Cfr. Isabel Enciso Alonso-Muñumer, “Poder y cultura: literatura y nobleza a comienzos del XVII”, en *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid, Sociedad Estatal “España Nuevo Milenio”, 2001, p. 460.

²⁵ Como hipótesis de trabajo podríamos pensar que en la figura del Archipámpano se alude al conde de Lemos, don Pedro Fernández de Castro, que era sobrino y yerno del de Lerma, gentilhombre de la Cámara de su Majestad, desde 1598, y presidente del Consejo de las Indias, desde 1603. Esta identificación resulta, sin duda, muy sugerente, ya que en nombramiento del conde de Lemos, en 1609, como virrey de Nápoles suscita, entre los escritores del momento, una interesante batalla (en la que participa Cervantes y de la que el *Viaje del Parnaso* da cumplida noticia) que sitúa a este poderoso representante de la nobleza en el centro de la literatura del momento. De ser esto así, a don Carlos habría que buscarlo en el círculo del de Lemos.

un momento solamente. Se trata de la arenga que don Quijote lanza a quienes han venido a las puertas del mesón donde se aloja a ver su rara figura: “Valerosos leoneses, reliquias de aquella ilustre sangre de los godos...”

Sin entrar ahora en la deuda del fragmento de Avellaneda, que estamos comentando, con la *Primera Crónica General*, con el *Romancero* y con historiadores del momento (como fray Antonio Sánchez, fray Prudencio de Sandoval o el mismo Zurita), a ningún lector de la época le pasarían desapercibidos los dos apellidos históricos –Saldaña y Sandoval– que destacan sobre el fondo alucinado de la imaginación de don Quijote. Sandoval es el propio Lerma y Saldaña es, por matrimonio, su hijo, Diego Gómez de Sandoval, patrono de una de las academias literarias de este momento. Conocido es el papel que la literatura y el arte de este momento ejercieron en la invención y publicitación de legendarias genealogías, de las que algunos pretendieron servirse para prestigiar con lo legendario sus apellidos en el mercado de la corte. *La pícaro Justina* deja constancia de ello: “Bien haya el tiempo que hacían la torre y el que alcanzó el mundo antes de ser pasado por agua, que en aquellos tiempos todos eran guzmanes y todos eran villanos. Y así, los escritores que se quieren engrandecer toman de atrás el salto, acógense a la torre de Babel o al

arca de Noé y salen tan godos como Ramiro Núñez”²⁶. Conocido es también que los Sandoval, con el duque de Lerma al frente, fueron auténticos maestros en la manipulación “pro domo sua” de los linajes y las stirpes. Los ejemplos que podrían citarse al respecto, que empiezan a ser ya bien conocidos, sobrepasan los límites de estas páginas²⁷. Sólo diré que todos ellos responden a

²⁶ *La pícaro Justina*, número primero, capítulo segundo. Claro que esta manía por las genealogías legendarias tiene sus puntos débiles, y pasquines y sátiras recurren también a ellas con una intención diferente. Así ocurre, por ejemplo, en un romance que el conde de Luna atribuye a Pedro Liñán de Rianza, en el que al conde de Chinchón se llama “Rodrigo de Vivar”; se lo califica de “rapaz orgulloso y bravo” y se lo acusa de “profanar tus santas leyes”. Cfr. Jesús Gascón Pérez, *La rebelión de las palabras. Sátiras y oposición política en Aragón (1590-1626)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, p.156.

²⁷ La moda de las genealogías más o menos legendarias, de clara intención propagandística y forma de pública legitimación del poder, conoce su auge a la sombra del de Lerma. Por estos años circuló una “curiosa genealogía de Felipe III y el duque de Lerma, compuesta por el licenciado Diego Matute de Peñafiel bajo el título de *Prosapia de Cristo* (Baza, 1614)” (Cfr. Bernardo J. García García, “El período de la *pax hispanica* en el reinado de Felipe III. La retórica de la paz en la imagen del valido”, *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, ed. José Alcalá Zamora y E. Beleguer, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, p. 75), en donde se hace coincidir las dinastías de Felipe III y el de Lerma en un legendario rey Troe, origen de Príamo (de esta rama deriva Felipe III) y de Eneas (de esta rama deriva el duque de Lerma). En esta genealogía, se sitúa el origen de los Sandoval en Sancho González (XXI abuelo del duque de Lerma), remontándose hasta la primera generación de la humanidad. Lerma pertenecería a la CXXI generación de Adán. Pero ejemplos semejantes podrían multiplicarse. Entre estos habría que recordar los

una estudiada estrategia, muy pronto imitada por otros, encaminada, primero, a la conquista del favor regio y, después, a la conservación y acrecentamiento del poder derivado de ese favor, basándose, sobre todo, en la presentación de su linaje como “salvador de España” y como azote de aquel otro, el del conde don Julián, que significaba legendariamente la “pérdida de España”²⁸.

Al leer, en el *Quijote* de Avellaneda, la alucinada genealogía de don Quijote-Bernardo el Carpio, no puedo menos que ponerla en relación con la que se exhibe en el

trabajos de fray Prudencio de Sandoval, primo lejano del de Lerma, que en 1598 saca a la luz una *Crónica del ínclito emperador de España Alfonso VIII*, dedicada a Felipe III, pero destinada esencialmente a la exaltación de los principales apellidos del reino, con una atención especial al de los Sandoval. Este mismo deudo del de Lerma será el encargado de construir la *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* (Valladolid, 1604, 1606), libro de cabecera de Felipe III, cuyo núcleo esencial lo constituye el estudio del papel de los Sandoval durante el reinado del emperador que figura al frente del título.

²⁸ Los dominicos contribuyeron de manera decisiva a la creación y propagación de esta imagen. Especial mención merecen dos libros: la *Iusta Expulsión de los moriscos de España* (1612), de fray Damián Fonseca, y la *Coronica de los Moros de España* (1618) de fray Jaime Bleda. Ambos dominicos coinciden en atribuir el acierto de la expulsión a la decisión del de Lerma. Bleda, en concreto, ve en el de Lerma el cumplimiento de la profecía de san Vicente Ferrer, quien había anunciado que “el año nueve avía de dar un gran bramido el Buey”, desarrollando para ello una lectura emblemática de las historias de los Sandoval, presentes en el inicio de la cruzada de la reconquista y en el epílogo de la misma.

tapiz descrito en la *Relación de las fiestas por Felipe IV* un tapiz con la historia de los Sandoval en el que, de manera muy estudiada y cuidadosa, aparece también la referencia al rey Alonso en claro intento de vincular el apellido de los Sandoval a la propia monarquía²⁹ y a los momentos más significativos de la reconquista:

En la quinta pieza, que es una gran cuadra, estaban unas tapicerías de seda y oro, figurados en ellas los hechos de los Sandoval, deviseros de Castilla, y entre ellos Ruy Gutiérrez de Sandoval y Diego Gómez de Sandoval, peleando en la conquista de Sevilla, y

²⁹ El dominico fray Gaspar de los Reyes, en el *Sermón* También se vía Don Hernando de Sandoval, que juntamente con el Rey D. Alonso combatía en la reñida batalla naval contra ginoveses, en la isla de Ponza; y a otro lado D. Bernardo de Sandoval, en las guerras de Granada, mayordomo mayor del Rey Católico y de su Consejo, que llevaba su cuerpo a Granada, y que después tenía a su cargo a la Reina Doña Juana en Tordesillas, y preso por los capitanes de las Comunidades; y a D. Luis su hijo, en el mismo oficio; y a D. Francisco Gómez de Sandoval, sirviendo en la jornada del Peñón de Vélez, y que iba por embajador a Portugal; y a su hijo D. Francisco Gómez de Sandoval, Duque de Lerma, Marqués de Denia, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado, sumiller de Corps y caballero mayor del Rey, nuestro señor, y su Capitán general de la caballería de España. que predicó en Benavente, en 1613, *en honor de los duques de Lerma, como patronos suyos* (Toledo: Tomás de Guzmán, 1613) justifica el uso que la casa de Lerma hace del icono de la corona en su escudo de armas: “proseguir las razones de coronarse con corona real, y por qué le viene, si por los condes de Castilla, u por los de Barcelona, es querer entrar en combatir con aquellos dos fieros leones que... le están guardando” (fol. 4v-5r).

Gutiérrez Díaz de Sandoval, que murió con los infantes peleando con tus moros en la vega de Granada, y Gómez Gutiérrez de Sandoval, y Gutierrez Díaz de Sandoval, que defendían a Lerma de todo el poder de Castilla, y después el uno destos, que peleaba con los moros, siendo general en la frontera de Jaén, y ambos, que servían al Rey D. Alonso en el sitio de Algecira, y el uno de ellos, que murió en una emboscada que se hizo a los moros. En otra parte se vian Diego Gómez de Sandoval y Pedro Díaz de Sandoval, que morían en la batalla de Nájera, sirviendo al Rey D. Pedro, y los hermanos Hernán Gutiérrez y Alvar Gutiérrez de Sandoval, muertos en la batalla de Aljubarrota, en servicio del Rey D. Juan. A otro lado parecía Diego Gómez de Sandoval, peleando en las guerras de Antequera con los moros, y cómo los vencía en la batalla de Setenil, y peleando en la de Olmedo, y triunfando de los valencianos, vencidos en la batalla con la mitad menos gente que ellos, y cómo era uno de los gobernadores de Castilla en tiempo de D. Juan II, y él y su mujer D.^a Beatriz de Avellaneda³⁰, padrinos en el bautismo del Príncipe D. Enrique.

³⁰ Después de todo lo que llevo escrito, no puede dejar de resultar curiosa la vinculación del apellido de los Sandoval al mayorazgo de Avellaneda. Don Diego Gómez de Sandoval, fiel servidor del infante don Fernando de Antequera (luego Rey de Aragón) y un fraternal cariño les unió siempre, obtiene del rey aragonés la cesión de las villas de Lerma (Burgos) y Saldaña (Palencia). También prestó sus servicios a don Juan II de Castilla. Estaba casado con doña Beatriz de Avellaneda, hija de los Señores de Gumiel, que en 1436 fue mandada "afogar" por Don Diego de Sandoval, acusada de "haber usado mal de su persona" en ausencia de éste.

No he podido localizar una reproducción visual de este tapiz y ni siquiera sé si se conserva hoy (todas las referencias al mismo que he podido localizar se refieren a textos escritos), pero el hecho de que este tapiz presidiera, como presidió, muchos de los más brillantes momentos y celebraciones regias responde a una estudiada estrategia de Lerma: constituía, no sólo una forma de mensaje político de legitimación a favor del valido, sino también una manera elegante de recordarle al monarca, sin necesidad de palabras, lo mucho que la monarquía como institución le debía a él y a su familia. Ninguna otra persona antes había sabido controlar la cultura del modo que ahora lo hace Lerma para ponerla al servicio de la promoción de una imagen que persigue la conversión del de Lerma en emblema del último capítulo de la reconquista y valedor de la definitiva unificación religiosa de la monarquía.

La recuperación y moda del romancero morisco, de donde ha salido el don Álvaro de Tarfe de Avellaneda, se me antoja que guarda cierta relación con esta moda de las genealogías³¹. Sin embargo, y con todo, no me atrevo a

³¹ El apellido Tarfe (que ostenta uno de los personajes que gozan de un papel más extendido en el *Quijote* de Avellaneda), como superviviente de la nobleza un pueblo derrotado, es en el presente del 1600 el recordatorio de un pasado en cuya “domesticación” los Sandoval, de acuerdo con las legendarias genealogías creadas en este

decir si el discurso alucinado de don Quijote hay que leerlo por el haz o por el envés del tapiz de los Lerma. Aunque el contenido del discurso responde punto por punto a la leyenda con la que el de Lerma desea, por diferentes medios, adornar su apellido, el hecho de que sea don Quijote, preso de su locura, el que ahora se atribuya la personalidad legendaria de Bernardo el Carpio, ancestro legendario de los de Saldaña (e indirectamente de los Sandoval), me hace dudar acerca del sentido del texto.

momento, habían tenido un papel preponderante. El duque de Lerma, reacio en algún momento a la expulsión de los moriscos, apoya luego decididamente la medida (y además promueve acciones militares en el norte de África –Argel, Túnez, Larache, La Mamora) para asegurar las costas de la península (que seguían padeciendo la amenaza permanente de la piratería norteafricana), pero también como una forma de reverdecer en su persona el papel de campeón de la reconquista que, según las mencionadas genealogías, había heredado de sus antepasados. Bajo el auspicio del de Lerma se alimentan “nuevas *empresas* de reconquista o proyectos de cruzada” sobre la base de una recuperación “de los valores tradicionales de la lucha contra el infiel” (Cfr. Bernardo J. García García, “El período de la *pax hispanica* en el reinado de Felipe III. La retórica de la paz en la imagen del valido”, *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, ed. José Alcalá Zamora y E. Beleguer, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, p. 64). La moda del romancero morisco se produce en paralelo a las críticas contra la ociosidad de la nobleza de muchos tratadistas políticos del momento. Así F. de Gurmendi, en *Doctrina física y moral de príncipes* (Madrid, 1615) le recordaba al valido, a quien dedica la obra, que “la monarquía más poderosa viene a enflaquecerse y arruinarse con el olvido de las armas y con la ociosidad” (123r).

Desde que en 1603 se firman las capitulaciones matrimoniales entre el hijo de Lerma, Diego Gómez de Sandoval, y Luisa de Mendoza, la condesa de Saldaña, el privado puso en marcha toda la maquinaria para el encumbramiento de su hijo: la recepción en la Universidad Complutense, en 1606, o la creación de la “Academia Salvaje”, constituyen, en este sentido, movimientos que no dejan de tener relevancia para la lectura de un texto de Avellaneda, pues nos ayudan a matizar ideológica y políticamente el momento en el que dicho texto se estaba comenzando a escribir. Todo esto lo conocen muy bien gentes como Lope o como Vélez de Guevara³², que por estas mismas fechas, están buscando la sombra del conde de Saldaña. En concreto Vélez de Guevara, en 1608, sentenciará: “El mayor rey del mundo es el de España, / pues a pie lleva al conde de Saldaña”³³. Desde luego, Avellaneda, al hacer que don Quijote se apropie del linaje de los Saldaña, no podía ignorar esta campaña de enaltecimiento del hijo menor del duque de Lerma.

Con todo, sí que me arriesgo a plantear dos

³² Autor, por estas fechas, de la comedia *El espejo del mundo*, en donde, a partir de la figura del real del privado, se construye el modelo literario de consejero real que protagoniza la mencionada comedia.

³³ *En el Elogio del juramento del serenísimo príncipe don Felipe Domingo* (1608). Hay edición de este texto a cargo de Joaquín Entrambasaguas en “Un olvidado poema de Vélez de Guevara”, *Revista de Bibliografía nacional*, II (1941), p. 165.

cuestiones que creo que justifican plenamente la lectura ideológico-política en la que pretendo situar el texto de Avellaneda:

1. El alegato final del discurso de don Quijote a favor de la unión de castellanos y leoneses para combatir a los franceses (“advertid, pues, famosos leoneses y asturianos, que para el acierto de la guerra os prevengo en que no tengáis disensiones sobre el partir de las tierras y señalar de mojones”) es totalmente anacrónico (en sintonía con otros anacronismos del mismo discurso), pero además de anacrónico es totalmente gratuito³⁴, salvo que se lea en el contexto de las bodas entre los primogénitos de las monarquías española y francesa, que empiezan a programarse en 1612. Estas dobles bodas desataron abundantes fiestas y celebraciones (que el duque de Lerma convirtió en excusa para su propia promoción), pero también muchos libelos³⁵. Creo que, de entrada, no hay

³⁴ Al menos de cara a la opinión pública en la imagen de Felipe III como campeón de la llamada *pax hispanica* era importante la paz conseguida con el país vecino a partir de Vervins (1598) y gestionada por el rey y su valido, el de Lerma.

³⁵ El propio Lerma fue designado por el rey como su agente para representarle en todas las ceremonias de las entregas reales, lo que el valido aprovechó para su propia promoción, organizando en Lerma, y en otros lugares, obras de teatro, luminarias, etc. Pero en el intercambio de los contrayentes, Lerma –sin estarlo, como prueba una carta a Rodrigo Calderón– se declaró enfermo, y fue su hijo, el duque de Uceda, quien representó al rey. Las distintas posiciones políticas ante estos esponsales las reflejan Pedro Mantuano, en sus

que descartar una lectura crítica del texto de Avellaneda que comento, sobre todo teniendo en cuenta el papel del de Saldaña en los casamientos³⁶.

2. A partir de 1609 el monopolio del poder de Lerma

Casamientos de España y Francia, y desde la perspectiva contraria Andrés de Almansa y Mendoza, en su *Discurso contrapuesto a el de Pedro mantuano sobre la jornada de Francia dado a los Consejos reales de Estado y Gobierno*.

³⁶ El de Lerma, comisionado por el rey para representarle en todos los actos de las entregas de la princesa y el príncipe, se finge enfermo, como acabo de señalar, y todo queda en manos del duque de Saldaña: un texto anónimo refiere así la comitiva del canje de príncipes y princesas: “seguian los Capitanes de las Guardas los Marqueses de Camarasa, y Siete Yglesias, y los Mayordomos el Conde de los Arcos, Conde de Salazar, Marques de Mirauel, Marques de Cela, Conde de Barajas, Conde de Nieua, y a ellos los Grandes señores, el Duque de Veragua, el Duque de Villahermosa, Duque de Peñaranda, Duque de Cea, Conde de Altamira, Duque de Pastrana, Duque de Sessa, Duque de Maqueda, Duque de Alua, el Almirante, Marques de Velada, y Duque de Uzeda. Luego yua su Magesta a cauallo, con capa corta, y gorra con aderezo en ella, con el Tuson, cercado de los Cauallerizos, Tenientes de las Guardas, y Marques de Floresdauila primer cauallerizo, todos a pie, y descubiertos. Luego yaua la carroza de brocado con seys caballos, y dos cocheros, en que yuan el Principe a la parte Principal, vestido de blanco, y con aderezo de diamantes. Y la Princesa a su mano izquierda, con saya grande a la Española de tela de oro, bordada. Iunto a la carroza yua el Conde de Saldaña a cauallo, como Cauallerizo mayor de su Alteza. Y luego el coche de la Guuernante, y los de las damas. Hizo el dia estremado, y concurrio mucha gente a ver a sus Altezas solos, y juntos en la forma que se ha referido. Y en la Compañia se celebrou la fiesta con el cuydado y curiosidad que es costumbre, siendo la primera en que la Princesa se ha hallado fuera de su Real palacio”, *Relación de la jornada y casamientos, y entregas de España y Francia*.

comienza a dar señales de ciertas grietas, alimentadas, primero, por aquellas familias y élites a las que el control del valido había alejado del monarca (“fuente de todas las mercedes”), pero también por los celos y rivalidades internas dentro del propio círculo de las “hechuras” del de Lerma. En concreto, parece ser que la alianza del duque de Uceda, hijo de Lerma, y de Aliaga³⁷, confesor del rey, configuran dentro del clan lermista una facción con aspiraciones propias, de cuyo seno proceden críticas más o menos abiertas contra el valido y, sobre todo, contra aquellos otros clanes que la alianza Uceda-Aliaga percibe como rivales³⁸.

³⁷ Los dominicos gozan en este momento de gran predicamento en la corte. Domingo es Jerónimo Xavierre, confesor de Felipe III, y dominico es quien sucede en 1608 a Xavierre en el cargo de confesor real: fray Luis de Aliaga. El duque de Lerma había desarrollado una coherente política de patronazgo entre la orden de los dominicos españoles, sirviéndose de ellos para asesoramiento sobre cuestiones relacionadas con las vacantes eclesiásticas, asuntos inquisitoriales y relaciones con la santa Sede. Fray Gaspar de los Reyes, en su *Sermón por los duques de Lerma* (Toledo: Casa de Tomás Guzmán, 1613), había descrito bien la preferencia de Lerma por los dominicos: “Hanos escogido como por ángeles visibles de su persona y guarda, teniendo siempre a su lado un religioso de este hábito” (fol. 17v.)

³⁸ Entre estas críticas el *Discurso contra el panegírico que hizo el marqués de Cusano en alabanza del conde de Lemos*, BNM. Mss. (ver en “Poder y cultura: literatura y nobleza a comienzos del XVII”, p. 455. En este discurso, se une la crítica al de Lemos con la crítica a Cervantes. Concretamente se dice que el de Lemos se pasaba el día “involto nella lectura de Cervantes” (fol. 242v).

Por las fechas de la aparición del *Quijote* apócrifo no existe en España una auténtica república literaria. Existen algunas academias bien conocidas y hay, siempre en torno al duque de Lerma y a su familia (el conde de Saldaña y el de Lemos), toda una serie de escritores que acuden al reclamo del privado, empeñado desde hacía tiempo en construirse una imagen pública sobre la que erigirse –en la plaza pública— como par del mismo rey (“espejo de bienhechores”, “canal de mercedes”, “sombra o reflejo de la imagen del rey” son expresiones acuñadas en este momento para presentar al de Lerma como una especie de doble del rey). El aprovechamiento que, para apropiarse la imagen real, hizo el de Lerma de las artes en general, y de la literatura en particular, es bien conocido³⁹. Resulta difícil hablar en la España del momento –a pesar del opúsculo de Saavedra y Fajardo– de una república de las letras. Tal república no existe. Lo que existe es un círculo bastante amplio de panegiristas al servicio del poder establecido y algunos núcleos (más pequeños y más

³⁹ Bien conocidas son obras como el retrato que del privado hace Pantoja de la Cruz, en 1602, a partir del retrato que de Felipe II había pintado Ticiano; o el grupo escultórico que el de Lerma hace levantar en el panteón familiar de San Pablo; o el retrato ecuestre de Lerma encargado a Rubens. Y lo mismo puede decirse de los escritores como Hernando de Soto (*Emblemas moralizadas*, 1599), Villamediana, Quevedo (“Elogio al duque de Lerma don Francisco, cuando vivía valido feliz del rey don Felipe III”), Góngora (“Panegírico al duque de Lerma”).

divididos) de escritores y artistas que buscan acogida a la sombra de las casas y de los nobles preteridos, olvidados o postergados en el reparto de poder que la monarquización de Lerma había propiciado⁴⁰. Más allá de los regalos que del ofrecimiento de su libro al mecenas pudieran derivarse, los escritores de este momento buscan del patrono un cargo de secretario, cronista, bibliotecario o algo similar (bien conocidos los casos de Lope, de Vélez de Guevara); los patronos, a su vez, lo que esperan del escritor es su colaboración –en forma de panegíricos, de contribuciones en la construcción de una adecuada genealogía, su informes de los vuelcos o cambios de la opinión pública– para aumentar su presencia en el grupo dirigente. Lerma fue un maestro en la explotación de las

⁴⁰ El dinámico mecenazgo que Lerma ejerce desde el primer momento de su acceso al poder se percibe ya, muy claramente, en los *Emblemas moralizados* (1599), de Hernando de Soto, quien no duda, para complacer el ilimitado ego del valido, en situar al privado en el mismo plano que estaba el monarca, apropiándose incluso del lenguaje bíblico para esta operación. Esta es la época también de los libelos, un género del que tampoco dudó echar mano el de Lerma. Bien conocido es el que, con el título *El confuso e ignorante gobierno del rey pasado*, promovió el propio duque de Lerma, a través de su secretario (Iñigo Ibáñez de Santa Cruz) para, una vez desacreditada la política de Felipe II y su equipo de gobernantes, contar con el clima de opinión conveniente para promover el cambio de rumbo (y de consejeros) que el de Lerma perseguía. En este libelo se dibuja el retrato del príncipe ideal como una fusión de Marte (el propio monarca) y Saturno (el privado que calma el ímpetu del monarca y lo encauza por la prudencia, discreción y consejo).

letras y de las artes en general de cara a la creación de la imagen que a él más le convenía para justificar su valimiento⁴¹.

La adscripción del *Quijote* apócrifo al contexto de la genealogía, tal y como el género se practica en las fechas de aparición del libro, circunscribe el problema de la autoría dentro de unos límites muy precisos: el autor posee una buena formación histórica; tiene información precisa de la manipulación de las crónicas que se están llevando a cabo por esas fechas; conoce bien el romancero; y, finalmente, no es ajeno a las luchas ideológicas y políticas de la corte, a las que propagandísticamente sirven las inventadas genealogías del momento.

JAVIER
BLASCO
Universidad de
Valladolid

⁴¹ Abundan los textos dedicados al de Lerma proponiéndolo como ejemplo de privanza a partir de retratos encomiásticos en los que destacan los elogios de su prudencia, sabiduría, amor y amistad con el rey. Por ejemplo el ms. del P. Maldonado, *Tratado del perfecto privado*, que ha estudiado Bernardo J. García García, “El período de la *Pax hispanica* en el reinado de Felipe III. La retórica de la paz en la imagen del valido”, en *Calderón de la Barca y la España del barroco*, op. Cit., p. 85.